

Líderes en campaña

Felipe González, en la ruta de los pabellones deportivos

Seguirle el rastro a Felipe González en la escopetada carrera electoral es experiencia ruda y un tanto vertiginosa. Es la campaña un frenesí, una sombra, una ficción. Algo a medias entre la kilometritis aguda de un viajante de lencería fina a «full time» y el no parar de un contratista de saraos boxísticos y actividades diversas. La tarea no deja de resultar instructiva, porque si no te duermes y andas vivo puedes aprender lo tuyo de geografía, de política, de oratoria. Pero turísticamente la cosa es un completo desastre. Al final podrás hacer de memoria una guía documentada de los pabellones deportivos de dos o tres docenas de ciudades, de algunas plazas de toros y de unos cuantos estadios de fútbol. Y te habrás quedado, una vez más, sin ver España, al menos hasta las próximas elecciones.

De buena mañana te subes al autobús del Mundial —supersónico y apolítico de carrocería— con tus compañeros de fatiga —plumillas y gráficos juntos y revueltos—. El autobús del Mundial se sitúa detrás de otro autobús del Mundial en que va el líder de tus desvelos, y a seguir batiendo las carreteras españolas de arriba a abajo, en diagonal o al biés. Entonces empiezas a comprender al viejo «rockero» que nunca muere (eventual y animoso colaborador ahora «Por el cambio», dicho sea de paso) cuando en la letrilla autoprotesta dice aquello tan claustrofóbico de que vive en un autobús. «On the road».

■ DEL AUTOBUS Y OTRAS SOLEDADES

Felipe pierde a veces el chorro de voz, pero nunca la sonrisa. Embutido en una cazadora de cuero que oculta a medias la seriedad del «uniforme» azul oscuro de quien se supone en la antesala del Poder, atraviesa con paso vivo las dos docenas de pasos que le separan de coche. Su «guardia de corps», discreta, pero férrea, le rodea sin piedad y admite pocas veleidades del líder. Un saludo aquí, un apretón de manos acullá, y venga, vamos al autobús. Deprisa, deprisa. «Es que no hay tiempo, es que no tenemos tiempo, o mítines, o saludos; hay que elegir», volverá a repetir a quien esté dispuesto a oírle, Julio Feo, «manager» y factótum, preocupadísimo, de la gira.

Carmen Romero, modosa y elegante —traje de chaqueta oscuro y blusa de seda como para el ensayo general de un papel estelar todavía no confirmado—, sigue de cerca a su marido. Ha pedido unos días de permiso en el Instituto y parece dispuesta a cubrir la maratón electoral, aunque a ráfagas da la impresión de que no está precisamente encantada. El matrimonio se acomoda en los asientos delanteros, la «troupe» se distribuye a la buena de Dios y los Pegasos ya están tirando millas. Felipe no tiene tiempo de dejarse invadir por la literaria soledad del corredor de fondo. En el oscuro cartapacio de ejecutivo agresivo le esperan multitud de informes económicos, políticos, listas y más listas: la que se le puede venir encima. Saca un puro —cohibas of course— y lo prende. Hoy, quizá tiene la voz un poco tomada y el familiar gesto de todos los días origina un doméstico revuelo entre la «troupe». Julio Feo, en lugar de reprenderle, le pide un puro «de los pequeños, ¿eh?», y Carmen aprovecha para decir que mejor de los grandes a ver si se acaban de una vez. Felipe se enfurruña y se deja absorber por los sesudos informes de sus expertos. Tendría que preparar los mítines de la tarde y de la noche. Pero el mensaje se lo sabe de memoria y hoy ha decidido centrarse en la situación económica: o hablaré de Pío o de Sancho Rof, si todavía estamos en Galicia. Fía en su infatigable caisma andaluz para hacerse entender y querer en el tiempo récord de veinte minutos.

Una presencia tan fugaz como la de un estudiante en un fotomatón.

Julio Feo —tendremos que hablar luego de Julio Feo— le recuerda que la «canallesca» aguarda en el otro autocar para someterlo al cotidiano tercer grado y casi ritual. A Felipe le gusta hablar y hablar, aunque sea con los periodistas. Pero, después de varios días, la voracidad está ya muy mermada y las preguntas surgen lentas y desganadas. Apenas unas cuantas frases para pergeñar la crónica, deprisa y corriendo, que en Madrid no esperan. Felipe se pasa a su coche y el bullicio sigue en la «sala de Prensa». Los periodistas estamos como niños con un juguete nuevo en un autocar que, aye, tú, tiene de todo: frigorífico, dos televisores que no se ven mucho y un saloncito en el que pueden escribir mientras te agarras a la mesa porque las curvas son criminales. A alguien se le ocurre que vamos secos y, a escote vil, reunimos un capitalito para llenar la funcional despensa de pan y queso, cerveza y que no falten unas botellas de gúisqui y de ginebra para la generación alcohólica. Y tan felices.

■ EL BUENO, EL FEO Y EL MALO

En la «troupe» socialista hay, aparte de la secretaria de Felipe González y la doble escolta (que viaja en turismos camuflados por si la araña negra del terrorismo), hay, digo, dos personajes relevantes. Uno es Julio Feo, el «chamberlain» de la gira. Es el bueno, el feo y el malo de la película, y todo de una pieza. Feo mayormente por el apellido y un poco de «motu proprio». Bueno y malo, según y como haya que cuidar al líder. De modo que los periodistas lo distinguimos con calurosos sentimientos ambivalentes de odio y amor, de amor y odio. Por la mañana es probable que haya tenido una bronca regular con un cronista que viene de Madrid para entrevistar al líder, pero el líder está algo afónico y Julio ejerce de vallador infranqueable. Luego lo reconsidera y se deja querer, persiguiéndonos para que almorcemos con Felipe. Es puerto gallego y nos damos al inocente lujo de las ostras y a una prepotente lubina al horno. Al líder no le gustan las ostras; «pasar estos bichos que yo no como». Sí, Felipe come poco; sólo habla y habla; de tiempos pasados y de tiempos presentes; de cuando Fraga le quiso vender el pacto Cánovas-Sagasta y de cómo va a maravillárselas en el caso de que llegue al Poder para arreglar el cotarro.

Otro personaje importante es el doctor Moneo, que vigila de cerca el estado físico del líder. Moneo es hombre entre reservado y zumbón, y no escucha demasiado a Felipe, porque además él no se deja. Debajo de su corpachón se esconde un auténtico «fans». «Oye, yo no lo digo por nada, yo soy base, pero Felipe es un tío muy responsable y se toma esto en serio. Y, además, aguanta lo que le echen. Para que luego vengan los in-



toxicadores diciendo la chorrada de que si está enfermo...»

Se nos echa encima la hora del mitin, porque, a buen seguro, tendremos que andar todavía los endemoniados doscientos kilómetros que nos separan del correspondiente pabellón deportivo.

DEL CALOR HUMANO

Es la anochecida, saltamos de los autocares como si fuéramos a correr los cien metros lisos o con vallas. Fuera del recinto hay un público municipal y espeso que no ha podido entrar. Es probable que los candidatos locales, que actúan de «teloneros», hayan tenido que alargar la sesión si es que aquí no está prevista la fiesta musical. Pero la gente se pone de pie cuando Felipe sube a la tarima, generalmente escenario desmesurado. Hay globos, miles de globos, todos tienen su globo y algunos su banderita con el puño y la rosa. Y hay rosas, claro, que un niño o un «histórico» pone en manos de Felipe. Hay, desde luego, un cierto ribeteado yanky en esta escenografía festivalera. Felipe —sólo unos segundos para presentarlo— empieza a hablar. A veces, chistoso, cuando hay que soltar alguna andanada a los adversarios, pero sin pasarse, «que no me gustan las descalificaciones, ni los insultos». Cuenta lo del «agujero» y se mete con los que no se apean de los presupuestos y del coche oficial. Va encorbatado, de oscuro, para no desmerecer con la foto publicitaria. Pero —piadoso olvido— se ha dejado el «blaizier» azulmarino en el coche y lleva un jersey a pico. De repente la voz se le endulza y se vuelve persuasivo y vibrante, cuando entra en su terreno. Habla del cambio y matiza siempre, «un cambio lento y sereno». Dice aquello del coche que va marcha atrás y no se le puede meter la directa porque se rompe la caja de cambios, y al personal, que parece muy de orden, muy alegre, bastante «clasemedio», le parece de perlas. Siempre hay alguna oveja negra. Un muchachete, con pinta de que pasaba por allí, se cabrea un poco y dice por lo bajini, «estos son socialistas del niño Jesús». En las antipodas emocionales hay cerca un sesentón arrobado, con un gesto indescriptible entre la sonrisa y la lágrima. Felipe ha empleado uno de sus latiguillos preferidos: «Si alguien bajara estos focos no nos achicharraríamos tanto.» Estamos ya en el final. En medio de los aplausos salimos a toda prisa hacia el autocar. Nos esperan otros doscientos kilómetros y el mitin de todas medias noches.—Martín BERNAL (enviado especial).